

como epígrafe, aquellas palabras de Quintana: «Es oprobio á cualquiera que pretende tener alguna ilustración, ignorar la historia de su país.»

El trabajo se abre con consideraciones generales acerca de la densa sombra que envuelve los orígenes de este Nuevo Mundo; y de lo mucho que es de temerse que á pesar de tantos esfuerzos de los arqueólogos, el gran problema de la población del Continente Americano permanezca siempre como enigma indescifrable, y que la historia primitiva jamás se despoje de sus impenetrables sombras. «En nuestro propio suelo —dice el autor del ESTUDIO— no han faltado ni faltan sabios beneméritos que ensanchen día á día los dominios de las investigaciones arqueológicas, aplicándoles con agudo ingenio los adelantos de las ciencias. Mas no á todos es dado seguirlos en su vuelo, y no porque otras indagaciones sean más humildes ha de renunciarse á ellas. Bien pueden emprenderlas los que se sientan con menores fuerzas; y si hemos de descubrir por entero nuestra propia y desautorizada opinión, habremos de decir que en terrenos menos elevados podemos recoger cosechas de utilidad más inmediata y práctica. . . . Concretándonos á nuestra propia tierra, no es posible dejar de conocer que la historia de los pueblos antiguos, aparte de su lejanía y obscuridad, padece una interrupción completa merced al cambio radical ocurrido á principios del Siglo XVI. Los pueblos que entonces existían, de los que habían venido á este suelo, se encontraron subyugados, y en lo principal substituídos por otra raza poderosa que cayó sobre ellos y trastornó casi por completo su organización política y social. . . . los nuevamente llegados no pudieron menos de resentir, hasta cierto punto, la influencia de las razas sujetadas, pero no destruídas; y de ese gran acontecimiento histórico surgió el pueblo mixto que, con las modificaciones consiguientes al transcurso de tres siglos y medio, existe todavía. El conocimiento exacto de los elementos que entraron en la formación de la nueva sociedad, y de cómo se fueron combinando, es el punto práctico para nosotros. Por haber desconocido ó despreciado las enseñanzas de la historia, han brotado y echado profundas raíces errores gravísimos, cuyas consecuencias aun resentimos. De aquí la importancia capital de una verdadera historia de la dominación española, y en particular de una *Historia de México durante el Siglo XVI*. (1) Asunto es éste á que siempre me he sentido fuertemente inclinado; pero que nunca he osado tomar entre manos por no encontrarme capaz de tratarle como merece. Séame permitido, sin embargo, dirigir por última vez una mirada á aquella época para siempre memorable en la historia de nuestro pueblo.» (2)

Tiende, en efecto, su vista penetrante, por aquel interesante período de transformación, en que figura un imperio llegado á cierto grado de civilización, como en el reinado de Axayácatl, lo cual da lugar á que el autor haga un alto para indicar la conveniencia de exponer esa civilización y analizarla en su más brillante período, para ver si realmente iba en progreso, atajado por la venida de gente extraña; ó bien si la cultura azteca ó la tezcocana, que adquirió tanto lustre bajo Nezahualcóyotl, no era tanta como á algunos parece; y si esos pueblos, embrutecidos por el despotismo y encruelcidos por la guerra perpetua y por el inaudito exceso de sacrificios humanos, lejos de adelantar, á no haber sobrevenido la conquista, habrían ido perdiendo poco á

(1) Bajo el título de «CARÁCTER DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA | en América y en México | según | los textos de los | Historiadores primitivos. | México | Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento | 1901, publicó mi antiguo amigo y discípulo, el estudioso Lic. D. Genaro García, Profesor de Historia en el Museo Nacional, un interesante trabajo acerca de la Conquista, con el cual ha dado nuevo rumbo á los estudios de esta época.

(2) Fué ciertamente el último trabajo del Sr. García Icazbalceta, el ESTUDIO HISTÓRICO: á poco le sorprendió la muerte.

poco lo recibido de gentes más cultas, hasta hundirse por completo en la barbarie, suerte inevitable de los pueblos aislados, víctimas del despotismo, de la idolatría y de sus propias pasiones.

Examina, después de otro linaje de consideraciones, el punto generalmente admitido de que en buena parte las victorias de los españoles sobre los indios se debieron de muy principal manera á los caballos y á las armas de fuego; punto que discute, para demostrar que los aztecas no eran menos, acorazados con el *escaupil*, protegidos ámpliamente por el *chimalli*, y armados del *átlatl* con que disparaban el certero dardo, no inferior á la ballesta; y habilísimos en el manejo de la terrible honda, de la macana y la pesada maza.

Habla de la grande importancia que se da al auxilio de los aliados, é indica que fué valiosa, pero que aun no contaban con él los españoles cuando sostuvieron los reñidos combates de Tabasco y Tlaxcala. «Cuando el sitio de México, los aliados creyeron perdida la causa de los extranjeros, los abandonaron, y vueltos después á los reales, estorbaban de tal modo en la estrechura de las calzadas, que los españoles tuvieron que echarlos á retaguardia para pelear desembarazadamente. En la *Noche Triste* se perdieron todas las armas de fuego, y la batalla de Otumba se ganó sin aliados, á pura pica y espada.» Sin embargo, las victorias de los españoles se debieron en gran parte al modo de pelear de los indios: los españoles combatían siempre unidos, atentos á la voz de su jefe: era la lucha entre la inteligencia y la fuerza bruta. Los indios sucumbían á la ley de la Historia; nada podía detener la marcha incesante del poder y de la civilización hacia el Occidente.

Detiéndose después el Sr. García, á examinar rápidamente las hazañas militares de Cortés y de los suyos, considerando que falta aún un estudio serio «del carácter de esos asombrosos aventureros, mezcla singular del valor indómito, de dureza, de incomparable energía, de codicia, de libertinaje, de lealtad y de espíritu religioso.»

Con la caída de la gran Ciudad de México terminó la primera faz de la Conquista para entrar en otra que, mudado el teatro, se prolongó por largo tiempo: la de las repetidas expediciones en que al par caminaban el descubrimiento y la conquista, seguida las más veces de la colonización. Descuella como más notable entre aquellas jornadas, «la del feroz letrado Nuño de Guzmán, hombre extraordinario, de inquebrantable firmeza de ánimo, que deslucía sus grandes cualidades con su despotismo, su avaricia y su crueldad.» Sucédele tras de breve intervalo «el gran Cristóbal de Oñate, personaje admirable y digno de ser mucho más conocido, porque al valor común en aquellos guerreros, juntaba en rara armonía la prudencia y la humanidad.» Dueña la hueste ibera de la gran Tenochtitlán, el Anáhuac sigue ganándose para la corona de España: tras de Cortés hay muchos nombres y hechos dignos de amplia fama, siendo común que los historiadores de esta época desdeñen los tiempos posteriores á la toma de México. Al expirar el siglo XVI la conquista, propiamente dicha, llegaba ya de Guatemala al Nuevo México.

* * *

Analizado este primer período tan lleno de episodios interesantes y movidos, el autor del ESTUDIO HISTÓRICO advierte que los pueblos sujetados por Cortés jamás volvieron á alzarse: no apareció aquí un Sayri Tupac ni en tiempos adelante un Tupac Amaru; no desmintiendo los españoles, por su parte, la proverbial lealtad castellana. La monarquía española recibía de manos de Cortés un grande imperio, y parecía no

faltar otra cosa que tomar posesión de la nueva provincia añadida á la Corona. Empero allí estaba la mayor dificultad. Para la conquista había bastado con un caudillo tan guerrero como político: para la organización era menester todo un gobierno.

«Apenas salida España de una tremenda lucha de ocho siglos, —dice el Sr. García, á quien es preciso seguir literalmente— se encontró dueña de su propio territorio y de un nuevo mundo. Los Reyes Católicos habían arrojado al mar el estandarte de la Media Luna, y abatido el poder feudal: su gloria, aumentada por la reunión de su Corona á la del Sacro Romano Imperio, le dió el derecho y le impuso la obligación de desempeñar el primer papel en el concierto de las naciones europeas, y de mezclarse en todas las contiendas civiles y religiosas. Su ambición guerrera no conoció límites; crefáse capaz de todo; en todas partes peleaba, y tenía armas para enviarlas á las cuatro partes del globo. Sus terribles aventureros se derramaron como un torrente sobre el Nuevo Mundo, subyugándolo todo y ensanchando el poderío del César hasta realizar aquel arrogante dicho de que el sol no se ponía en sus dominios. Pero tantos triunfos deslumbradores no se alcanzaban sin mengua de la vitalidad interna de la nación. El tumulto de la guerra no había dejado mucho lugar á las pacíficas tareas de la paz: sobraban caudillos y soldados salidos de aquella ruda escuela, y faltaban brazos para el arado. Cuando España tenía mayor necesidad de recuperar sus fuerzas, aumentar su población, fomentar su agricultura, levantar su industria, perfeccionar su régimen interior, desarrollar, en suma, sus elementos de vida á la sombra bienhechora de la unidad y de la paz, entonces fué puntualmente cuando, al aceptar la oferta de un nuevo mundo, realizada en seguida por el navegante genovés, tomó á su cargo una empresa colosal, que acometió y llevó adelante con estupendo brío. Aquel esfuerzo sobrehumano acabó de postrar á España, por más que dos largos y gloriosos reinados la sostuvieran con externo brillo. No era España de aquellas naciones que rebosan de gente y se empeñan en aventuras para dar salida á sus productos y echar fuera el sobrante de una población miserable. Bien escasa era la suya, y la emigración á las Indias la agotaba. El trabajo honrado era visto con desdén: las pocas fábricas se convertían en ruinas, los campos quedaban incultos, la riqueza pública se consumía en guerras. Los tesoros de América no reparaban tantos males, porque no hacían más que pasar por España para pagar tropas fuera, ó para enriquecer el comercio y la industria de naciones extranjeras de que ella había venido á ser tributaria. La expulsión de los moriscos vino á dar el último golpe á la agricultura de las más ricas provincias, privándola de brazos tan numerosos como entendidos. España compraba á costa de enormes sacrificios el inestimable bien de la unidad de raza y de religión. No habrían sido estériles, si los innumerables errores económicos y administrativos, comunes entonces, no hubieran consumado su ruina. La asombrosa vitalidad de España se sostuvo todo el siglo XVI: durante él se echaron los cimientos del gran edificio de la colonización ultramarina, y se adelantó notablemente la obra. Por desgracia, faltaba todavía mucho para acabarla, cuando, pasado el cetro de las vigorosas manos que le habían empuñado á las de monarcas débiles, perezosos y entregados á favoritos, se hizo patente la rápida decadencia, que llegó á su último punto bajo el poder del infeliz Carlos II. El impulso que faltaba ya en la madre patria no había de permanecer en las lejanas colonias; el corazón, gastado y desfallecido, no podía enviar la vida á las extremidades remotas; quedáronse estacionarias, resintiéndose los males comunes á la monarquía, y supliéndolo todo con el respeto á la autoridad, que siquiera las mantenía en paz. La obra colosal de la colonización americana no podía ni pudo llegar jamás á perfección.»

* * *

Dos errores, en concepto del entendido autor del ESTUDIO, se cometen generalmente al juzgar la dominación española: Es el uno, considerar como un solo punto el dilatado espacio de tres siglos, confundiendo épocas y circunstancias; estudiándose un momento dado, no reparando en que el tiempo todo lo va transformando; porque nada hay estable en este mundo; y sin extenderse á más, es imposible, dentro de la misma centuria décimosexta, pintar con los propios colores la época de Mendoza y la de Enríquez.—El segundo error, es abarcar en un solo juicio el gobierno de la Metrópoli y á los españoles de aquende el Atlántico, cuando, en efecto, debieran separarse cuidadosamente. Toma á su cargo el autor del ESTUDIO, en este punto, la defensa de España, que dió á su Colonia predilecta cuanto tuvo y cuanto pudo. «Tengo, en suma, por vulgaridad —añade— creer que el gobierno español era tan necio, que se ensañaba contra sus colonias. Procuraba sacar partido de ellas, como de las suyas todas las naciones que las tienen, porque el desinterés y la caridad no son virtudes de gobiernos; pero no las agotaba. Si alguna vez les imponía restricciones especiales, era obligado por las circunstancias, y por el natural deseo de mantenerlas sujetas.»

«Fué error de España haber abarcado una inmensa extensión de tierra, sin tener gente suya para poblarla, ni poder abrirla á la extranjera: olvidó que la riqueza del suelo de nada sirve, si la mano del hombre no le da valor. Pero tal error tiene fácil explicación. Las Indias, cuando ni aun se sospechaba lo que eran, habían sido dadas á la Corona de Castilla con la carga de convertir á los indígenas. Para cumplir con esa condición y legitimar su dominio, tenía que extenderle hasta donde la tierra le faltara; y así vemos que no se ocupaba lugar donde luego no apareciesen los misioneros, quienes iban con todas las expediciones, y muchas veces se anticipaban á los soldados, verificando ellos mismos los descubrimientos.» España era el primer campeón del Catolicismo; y razones de mucho peso tuvo para aislar á sus colonias de las agresiones de otras naciones.

* * *

Las *crueldades* de los españoles en América es materia de otro capítulo del ESTUDIO. «En concepto de muchos, —dice el autor de éste— los españoles que se arrojaron sobre el Nuevo Mundo, desafiando peligros inauditos, no eran guerreros ni conquistadores, sino cuadrillas de bandoleros detestables, sin Dios ni ley, cuyo único fin era oprimir, robar y matar á los infelices indígenas: la conquista fué una expoliación inicua sobre todos. Ciertamente que la gente conquistadora no era, en general, modelo de suavidad y de virtud, que no suelen serlo los soldados, y la dureza del instrumento había de ser proporcionada á la magnitud de la obra . . . Admiramos las obras de la Providencia cuando las vemos realizadas; nos extasiamos ante las maravillas de la civilización moderna olvidando que es hija de la irrupción de los bárbaros, y nos atrevemos á censurar impíamente los medios de que esa Providencia se ha valido . . . El *derecho* de conquista, que España empleó en América, viene al fin á ser reconocido y acatado por todos: no se han creado de otro modo las *nacionalidades* que existen ó han existido, incluso las antiguas americanas. Moteczuma y Atahualpa no formaron sus imperios con predicaciones, y el segundo, para extender su dominación,